

LA MUJER (Cuento)

JUAN BOSCH

- 1 La carretera está muerta. Nadie ni nada la resucitará.
- 2 Larga, infinitamente larga, ni en la piel gris se la ve vida.
- 3 El sol la mató; el sol de acero, de tan candente al rojo, un rojo que
- 4 se hizo blanco. Tornóse luego transparente el acero blanco, y sigue
- 5 ahí, sobre el lomo de la carretera.

- 6 Debe hacer muchos siglos de su muerte. La desenterraron hombres con
- 7 picos y palas. Cantaban y picaban; algunos había, sin embargo, que ni can-
- 8 taban ni picaban. Fue muy largo todo aquello. Se veía que venían de muy
- 9 lejos: sudaban, hedían. De tarde el acero blanco se volvía rojo; entonces
- 10 en los ojos de los hombres que desenterraban la carretera se agitaba una
- 11 hoguera pequeñita, detrás de la pupilas.

- 12 La muerta atravesaba sabanas y lomas y los vientos traían polvo
- 13 sobre ella. Después aquel polvo murió también y se posó en la piel gris.

- 14 A los lados hay arbustos espinosos. Muchas veces la vista se en-
- 15 ferma de tanta amplitud. Pero las planicies están peladas. Pajonales,
- 16 a distancia. Tal vez aves rapaces coronen cactus. Y los cactus están
- 17 allá, más lejos, embutidos en el acero blanco.

- 18 También hay bohíos, casi todos bajos y hechos con barro. Algunos
- 19 están pintados de blanco y no se ven bajo el sol. Sólo se destaca al techo

20 grueso, seco, ansioso de quemarse día a día. Las canas dieron esas techum-
21 bres por las que nunca rueda agua.

22 La carretera muerta, totalmente muerta, está ahí, desen-
23 terrada, gris. La mujer se veía, primero como un punto negro,
24 después como una piedra que hubieran dejado sobre la momia larga.
25 Estaba allí tirada sin que la brisa le moviera los harapos.
26 No la quemaba el sol; tan sólo sentía dolor por los gritos del
27 niño. El niño era de bronce, pequeñín, con los ojos llenos
28 de luz, y se agarraba a la madre tratando de tirar de ella con
29 sus manecitas. Pronto iba la carretera a quemar el cuerpecito,
30 las rodillas por lo menos, de aquella criaturita desnuda y gritona.

31 La casa estaba allí cerca, pero no podía verse.

32 A medida que avanzaba, crecía aquello que parecía una pie-
33 dra tirada en medio de la gran carretera muerta. Crecía, y
34 Quico se dijo: un becerro, sin duda, estropeado por auto.

35 Tendió la vista: la planicie, la sabana. Una colina leja-
36 na, con pajonales, como si fuera esa colina sólo un montoncito
37 de arena apilada por los vientos. El cauce de un río; las fauces
38 secas de la tierra que tuvo agua mil años antes de hoy.
39 Se resquebrajaba la planicie dorada bajo el pesado acero transpa-
40 rente. Los cactus, los cactus coronados de aves rapaces.

41 Mas cerca ya, Quico vio que era persona. Oyó distintamen-
42 te los gritos del niño.

43 El marido le había pegado. Por la única habitación del
44 bohío, caliente como horno, la persiguió, tirándola de los cabellos
45 y machacando a puñetazos su cabeza.

46 — ¡Hija de mala madre! ¡Hija de mala madre! Te voy a
47 matar como a una perra, desvergontá!

48 — ¡Pero si nadie pasó, Chepe; nadie pasó! —quería ella ex-
49 plicar.

50 — ¿Qué no? ¡Ahora verás!

51 Y volvía a golpearla.

52 El niño se agarraba a las piernas de su papá; no sabía ha-

53 bliar aún y pretendía evitarlo. El veía la mujer sangrando por la nariz. La
54 sangre no le daba miedo, no, solamente deseos de llorar, de gritar mucho. De
55 seguro mamá moriría si seguía sangrando.

56 Todo fue porque la mujer no vendió la leche de cabra, como
57 él se lo mandara; al volver de las lomas, cuatro días después, no halló el di-
58 nero. Ella contó que se había cortado la leche; la verdad es que la bebió el
59 niño. Prefirió no tener unas monedas más a que la criaturita sufriera ham-
60 bre tanto tiempo.

61 La dijo después que se marchara con su hijo:
62 — ¡Te mataré si vuelves a esta casa!
63 La mujer estaba tirada en el piso de tierra; sangraba mucho
64 y nada oía. Chepe, frenético, la arrastró hasta la carretera. Y se quedó
65 allí, como muerta, sobre el lomo de la gran momia.

66 Quico tenía agua para dos días más de camino, pero casi to-
67 da la gastó en rociar la frente de la mujer. La llevó hasta el bohío, dándola
68 el brazo, y pensó en romper su camisa listada para limpiarla de sangre.

69 Chepe entró por el patio.

70 — ¡Te dije que no quería verte más por aquí, condena!

71 Parece que no había visto al extraño. Aquel acero blanco,
72 transparente, le había vuelto fiera, de seguro. El pelo era estopa y las cór-
73 neas estaban rojas.

74 Quico le llamó la atención; pero él, medio loco, amenazó
75 de nuevo a su víctima. Iba a pegarla ya. Entonces fue cuando se entabló la
76 lucha entre los dos hombres.

77 El niño pequeñín, pequeñín, comenzó a gritar otra vez; aho-
78 ra se envolvía en la falda de su mamá.

79 La lucha era como una canción silenciosa. No decían pala-
80 bra. Sólo se oían los gritos del muchacho y las pisadas violentas.

81 La mujer vio cómo Quico ahogaba a Chepe: tenía los dedos
82 engarfiados en el pescuezo de su marido. Este comenzó por cerrar los ojos;
83 abría la boca y le subía la sangre al rostro.

84 Ella no supo qué sucedió, pero cerca, junto a la puerta,
85 estaba la piedra; una piedra como lava, rugosa, casi negra, pesada. Sintió

86 que le nacía una fuerza brutal. La alzó. Sonó seco el golpe. Quico, primero
87 soltó el pescuezo del otro, luego dobló las rodillas, después abrió los brazos
88 con amplitud y cayó de espaldas, sin quejarse, sin hacer un esfuerzo.

89 La tierra del piso absorbía aquella sangre tan roja, tan
90 abundante. Chepe veía la luz brillar en ella.

91 La mujer tenía las manos crispadas sobre la cara, todo
92 el pelo suelto y los ojos pugnando por saltar. Corrió. Sentía flojedad en
93 las coyunturas. Quería ver si alguien venía; pero sobre la gran carretera
94 muerta, totalmente muerta, sólo estaba el sol que la mató. Allá, al final de la
95 planicie, la colina de arenas que amontonaron los vientos. Y cactus, em-
97 butidos en el acero.

NOTA:

Para fijar este texto, hemos consultado las siguientes versiones:

Bosch, Juan. **Cuentos escritos antes del exilio**. Talleres Gráficos, Santo Domingo, 1974,
Págs. 9 a 13.

Fernández de Perdomo, Yolanda, y otros. **Experiencias Didácticas**. UASD, 1977, Págs. 261 a
265.

Cartagena, Aida. **Narradores Dominicanos (Antología)**. Editorial Monte Avila, Caracas,
1969, Págs. 15 a 18.